



Capítulo uno

26 de diciembre

Díganme zorra. Díganme impulsiva. Díganme borracha.

Nunca nadie me ha dicho nada de eso, pero esta mañana alguien me lo tiene que decir. Lo de anoche fue un desastre.

Procurando hacer el menor ruido posible, salgo de la litera de abajo y atravieso el suelo helado de puntillas, en dirección a la escalera. El corazón me late tan fuerte que no sé si podrá oírse fuera de mi cuerpo. Lo último que quiero es despertar a Theo y tener que mirarlo a los ojos antes de que mi cerebro entre en calor y piense con coherencia.

El anteúltimo escalón siempre cruje como si estuviera sacado de una casa embrujada; ha sufrido los embates de casi tres décadas de nosotros, los “niños”, subiendo a las corridas

y a los pisotones para ir a comer y bajando al sótano para ir a jugar y a dormir. Me estiro para apoyar el pie con cuidado en el escalón anterior a ese, y exhalo al notar que no ha hecho ruido. No todos han corrido la misma suerte: esa tabla floja ha delatado a Theo tantas veces al intentar entrar en silencio a altas horas de la noche (o al despuntar el día, según como se vea) que ya he perdido la cuenta.

Cuando llego a la cocina, me preocupo menos por ser sigilosa y apunto a la velocidad. Aún está oscuro; la casa está en silencio, pero pronto se levantará el tío Ricky. Esta cabaña está llena de madrugadores. Se me está acabando el tiempo para pensar en cómo solucionar este asunto se está cerrando.

Mientras un aluvión de recuerdos de anoche me inunda la mente como un humillante libro animado, subo corriendo la escalera ancha que lleva al primer piso, paso de largo el muérdago que cuelga sobre el descanso, rodeo el balaustrade con los calcetines a rayas blancas y rojas, me escabullo por el pasillo y abro la puerta de una escalera más angosta que sube al ático. Al llegar arriba, abro de un empujoncito la puerta de Benny.

—Benny —susurro en medio de la oscuridad helada—. Benny, despierta. Es una emergencia.

Se oye un gemido áspero desde el otro lado, y le advierto:

—Voy a encender la luz.

—No...

—Sííí. —Extiendo la mano y acciono el interruptor para iluminar la habitación. Mientras que a nosotros, la prole,

hace tiempo que nos han relegado a dormir en literas en el sótano, este ático es el dormitorio de Benny cada diciembre, y me parece el mejor lugar de toda la casa. Tiene el techo abovedado y una larga ventana con vitrales en el otro extremo que proyecta la luz del sol sobre las paredes, en brillantes franjas azules, rojas, verdes y anaranjadas. La angosta cama de una plaza comparte el espacio con el revoltijo organizado de recuerdos familiares, cajas de decoraciones para distintas festividades y un armario lleno de la vieja ropa de invierno de la abuela y el abuelo Hollis, de cuando comprar una cabaña en la lujosa Park City no era un panorama financiero ridículo para un director de escuela secundaria de Salt Lake. Como ninguna de las demás familias tenía hijas mujeres cuando era pequeña, jugaba a disfrazarme sola aquí arriba, aunque a veces tenía a Benny de público.

Pero ahora no necesito público, necesito un oído dispuesto y un consejo frío y directo porque estoy al borde de un ataque de histeria.

—Benny. *Despierta*.

Él se apoya en un codo y, con la otra mano, se frota los ojos para quitarse el sueño. Su acento australiano sale ronco:

—¿Qué hora es?

Miro el teléfono que tengo en mi mano pegajosa.

—Las cinco y media.

Benny me mira con los ojos entrecerrados, incrédulo.

—¿Murió alguien?

—No.

—¿Desapareció alguien?

—No.

—¿Alguien sangra sin parar?

—Mentalmente, sí. —Me adentro en el cuarto, me envuelvo en una vieja manta tejida y me siento en una silla de mimbre que está frente a la cama—. Ayuda.

A pesar de sus cincuenta y cinco años, Benny tiene el mismo pelo sedoso de color castaño claro que lució toda mi vida. Lo lleva largo, un poco por debajo del mentón, con ondas como si se hubiera hecho la permanente durante años y en algún momento hubiera decidido dejárselo así. Antes imaginaba que se ocupaba de los equipos de alguna banda de rock ochentosa, o que era un aventurero que llevaba a turistas adinerados a su muerte en medio del monte. La realidad no es tan emocionante (trabaja de cerrajero en Portland), pero el repiqueteo de sus brazaletes turquesa y los collares de cuentas abren paso a la imaginación.

En este momento, ese pelo es más que nada un caos.

Tengo una profunda historia con cada una de las doce personas que habitan esta casa, pero Benny es especial. Es amigo de mis padres desde que iban a la universidad (todos los adultos de esta casa estudiaron juntos en la Universidad de Utah, con excepción de Kyle, que se incorporó al grupo después de casarse con Aaron), pero siempre ha sido más un amigo que una figura paterna. Es de Melbourne, de actitud siempre serena y mente abierta. Benny es el soltero eterno, el sabio consejero y la única persona en mi vida que sé que puede ayudarme a ver las cosas con objetividad cuando mi mente es un descontrol total.

Cuando era niña, me guardaba todos los chismes hasta que veía a Benny el fin de semana del Día de la Independencia o en las vacaciones de Navidad, y entonces le contaba todo en cuanto lo tenía para mí sola. Él sabe escuchar y dar consejos de lo más sencillos, sin juzgar ni dar sermones. Tan solo espero que su serenidad me salve esta vez.

—Bueno. —Tose para aclararse un poco la garganta y se quita unos pelos caprichosos de la cara—. A ver, dime.

—Bueno. Sí. —A pesar del pavor que me invade y el tiempo que se acaba, decidí que lo mejor es introducirlo poco a poco en la conversación—. Theo, Miles, Andrew y yo estábamos jugando un juego de mesa anoche en el sótano —empiezo a contarle.

Un “ajá” grave retumba en su garganta.

—Una noche común y corriente —acota.

—Jugábamos al *Clue*. —Hago una pausa, y tiro mi pelo oscuro sobre el hombro.

—Bueno. —Benny, como siempre, me tiene una paciencia de oro.

—Miles se quedó dormido en el suelo —continúo. Mi hermano menor tiene diecisiete y, como la mayoría de los adolescentes, puede dormirse aunque esté sobre una roca puntiaguda—. Andrew se fue al hangar.

Este “ajá” es una risita, a Benny aún le parece gracioso que Andrew Hollis, el hermano mayor de Theo, al fin se haya puesto firme con su padre y haya logrado salir de las literas infantiles: ahora duerme en el hangar durante las fiestas navideñas. El hangar es una construcción vieja y fría

que está a unos veinte metros de la cabaña principal. Lo gracioso es que el hangar no está ni remotamente cerca de alguna pista de aterrizaje. Se usa más que nada como una extensión del patio en verano y de ninguna manera es apto para que los invitados pasen la noche en medio de las montañas Rocosas en pleno invierno.

Y si bien no me gustó ni un poco no poder ver a Andrew Hollis en la litera de arriba al otro lado del cuarto, la verdad es que lo entendía.

Ya ninguno de los que dormimos en el sótano somos niños. Ha quedado bien claro que Theo puede..., *ejem*..., dormir donde quiera; mi hermano, Miles, idolatra a Theo y lo sigue a todos lados, y yo aguento la cuestión porque mi mamá me mataría con sus propias manos si llegara a quejarme de la generosa hospitalidad de la familia Hollis. Pero Andrew, con casi treinta años, parece que ya no quería seguir dándoles el gusto a los padres, así que tomó un catre y una bolsa de dormir, y abandonó la cabaña en la primera noche.

—Todos habíamos bebido unas copas —digo, y luego me corrijo—: Bueno, Miles no, obviamente, pero los demás sí.

Benny alza las cejas.

—Dos. —Hago una mueca—. Ponche de huevo.

Me pregunto si Benny sabrá en qué terminará esto. Se sabe que soy muy flojita con la bebida y que Theo se pone muy cachondo. Aunque, a decir verdad, se sabe que Theo está siempre cachondo.

—Theo y yo subimos a buscar agua. —Me relamo los labios y trago saliva, sintiendo la garganta seca de golpe—. Eh..., y

entonces se nos ocurrió: “¡Vamos a caminar borrachos por la nieve!”, pero en lugar de eso... —contengo el aliento, ahogando mis palabras— nos besamos en el recibidor.

Benny se queda quieto, y después posa sus ojos color avellana en mí, despierto del todo.

—Hablas de Andrew, ¿no? ¿Andrew y tú?

Ahí está. Con esa pequeña pregunta, Benny le ha dado en el clavo.

—No —respondo al fin—. Andrew no. Theo.

Eso soy: una zorra.

Con el beneficio de la sobriedad y la desagradable claridad de la mañana siguiente, el ajetreo breve y frenético de anoche parece un borrón. ¿Acaso empecé yo, o fue Theo? Lo único que sé es que, para mi sorpresa, fue todo muy torpe. No fue para nada seductor: dientes que se chocaron, unos gemidos y besos febriles. Él me sujetó las tetas con un movimiento más parecido a una revisión médica que a un abrazo apasionado. Ahí fue cuando lo aparté y, con una débil disculpa, me escabullí por debajo de su brazo y bajé corriendo al sótano.

Quiero asfixiarme con la almohada de Benny. Esto es lo que me pasa por finalmente aceptar el ponche de huevo con alcohol de Ricky Hollis.

—Un momento. —Benny se inclina y levanta una mochila del suelo, cerca de la cama, y saca una pipa larga y delgada.

—¿En serio, Benedict? Ni siquiera es de día.

—Escucha, reina del caos, me estás contando que anoche

te besaste con Theo Hollis. No puedes decirme nada por fumar un poco antes de oír el resto.

Bueno, muy bien. Suspiro, mientras cierro los ojos y apunto la cara al techo, enviando un deseo mudo al universo para que se borre lo que pasó anoche. Por desgracia, cuando vuelvo a abrirlos, sigo en el ático con Benny, que está fumando marihuana antes de que salga el sol, embargada por una sensación de arrepentimiento grande como una casa.

Benny exhala un humo pestiloso y guarda la pipa en la mochila.

—Bueno —dice, mirándome con los ojos entrecerrados—. Theo y tú.

Me quito el flequillo de la cara con un soprido.

—No lo digas así, por favor.

Alza las cejas como diciendo: “Bueno, ¿y?”.

—Sabes que tu mamá y Lisa han estado bromeando sobre eso todos estos años, ¿no?

—Sí, lo sé.

—A ver, siempre buscas complacer a la gente —dice Benny, estudiándose—, pero esto es una exageración.

—¡No lo hice para complacer a nadie! —Hago una pausa para pensar mejor—. Creo que no.

Es una broma que viene de largo, desde que éramos niños: nuestros padres tenían la esperanza de que Theo y yo algún día termináramos juntos. Entonces, estaríamos emparentados oficialmente. Y supongo que, en teoría, tiene sentido. Nacimos con solo dos semanas de diferencia. Nos bautizaron el mismo día. Dormimos juntos en la litera de

abajo hasta que confiaron en que Theo tenía edad suficiente para no saltar de la de arriba. Él me cortó el pelo con las tijeras de la cocina cuando teníamos cuatro años. Yo le llenaba la cara y los brazos de banditas siempre que nos dejaban solos hasta que nuestros padres se espabilaron y empezaron a esconderlas. Para poder irnos de la mesa, yo me comía sus frijoles y él se comía mis zanahorias cocidas.

Pero todo eso es cosa de niños, y ya no somos niños. Theo es un buen chico y lo adoro porque prácticamente es como si fuera de la familia y un poco tengo que adorarlo, aunque nos hemos convertido en personas tan distintas que a veces parece que lo único que tenemos en común pasó hace más de una década.

Lo más importante (entiéndase: lo más penoso) es que Theo nunca me ha gustado, más que nada porque he estado loca, silenciosa y tristemente enamorada de su hermano mayor durante casi toda mi vida. Andrew es bueno, cálido, divino y gracioso. Es juguetón, le gusta coquetear, es creativo y cariñoso. También es reservado y de principios fuertes, y casi no tengo dudas de que nada le generaría más asco por una mujer que enterarse de que se besó con el mujeriego de su hermano menor bajo los efectos de un ponche de huevo.

Benny, la única otra persona en esta casa que sabe lo que siento por Andrew, me mira con ojos expectantes.

—¿Y qué pasó?

—Terminamos en el recibidor, los tres: yo, Theo y la lengua de él. —Me meto la punta del pulgar en la boca y la muerdo—. Dime qué estás pensando.

—Intento entender cómo pasó esto... Tú no eres así, peque.

Una actitud defensiva se enciende brevemente en mi interior, pero se apaga casi de inmediato por el odio que siento por mí misma. Benny es mi Pepito Grillo y tiene razón: no soy así.

—Tal vez fue un empujón de mi subconsciente: tengo que superar esta estupidez con Andrew.

—¿Estás segura de eso? —pregunta Benny con delicadeza.

Nop.

—¿Sí...? —Tengo veintiséis. Andrew tiene veintinueve. Hasta yo tengo que reconocer que si algo fuera a pasar entre nosotros, ya tendría que haber pasado.

—Así que pensaste, ¿por qué no Theo? —sugiere Benny, leyéndome la mente.

—No fue tan calculado, eh. Digo, tampoco es que sea feo.

—Pero ¿él te gusta? —Benny se rasca el mentón sin afeitar—. Me parece que esa pregunta es importante.

—Bueno, parece que a muchas mujeres sí, ¿no?

—Eso no fue lo que pregunté —dice riendo.

—Supongo que anoche me habrá parecido que sí, ¿no?

—¿Y? —me insiste, haciendo una mueca como si no estuviera seguro de querer saberlo.

—Y... —Arrugo la nariz.

—Esa cara me dice que fue terrible.

Exhalo, abatida.

—Malísimo. —Hago una pausa—. Me lamió la cara. O

sea, toda la cara. —La mueca de Benny se intensifica. Lo señalo con un dedo y le digo—: Tienes la obligación de guardar el secreto.

Benny levanta una mano.

—¿A quién le voy a contar? ¿A sus padres? *¿A los tuyos?*

—¿Acaso lo arruiné todo?

—No son las primeras dos personas de la historia que se besan borrachos —me dice con una sonrisa—. Pero tal vez esto fue una especie de catalizador. El universo te dice que superes, de alguna forma, lo de Andrew.

Me río porque esto parece de verdad imposible. ¿Cómo se hace para dejar de pensar en un hombre con un corazón tan noble y un trasero tan firme? No es que no haya intentado superar lo de Andrew durante, a ver, los últimos trece años.

—¿Se te ocurre cómo? —pregunto.

—No sé, peque.

—¿Hago de cuenta que no pasó nada? ¿Lo hablo con Theo?

—No lo pases por alto, eso seguro —dice Benny y, por más ganas que tuviera de que él me diera permiso para hacer como el avestruz, sé que tiene razón. Evitar las confrontaciones es el peor vicio de la familia Jones. Mis padres podrán contar con los dedos de una mano la cantidad de veces que han hablado de sus sentimientos entre ellos con madurez, que es lo que probablemente diría el abogado que les trató el divorcio—. Ve a despertarlo antes de que empiece el día. Aclara las cosas.

Benny mira por la ventana el cielo que se va aclarando poco a poco y después vuelve la vista a mí. El pánico debe de estar invadiéndome el rostro, porque él apoya una mano tranquilizadora sobre la mía.

—Sé que sueles arreglar las cosas esquivando la confrontación, pero es nuestro último día aquí. No querrás irte y dejar las cosas así entre ustedes. Imagina volver la Navidad que viene con eso sin resolver.

—Eres el cerrajero más intuitivo que existe, lo sabes.

—Estás desviando la conversación —dice él con una carcajada.

Asiento con la cabeza, metiendo las manos entre las rodillas y fijando la vista en el suelo de madera gastada.

—Una pregunta más.

—¿Ajá? —Ese “ajá” me dice que sabe precisamente lo que se viene.

—¿Le cuento a Andrew?

Benny responde con una pregunta:

—¿Por qué necesitaría saberlo?

Lo miro, sorprendida, y percibo su solidaridad. *Uf.* Tiene razón. No hace falta que Andrew lo sepa, porque igual no le importaría.